

EL FRACASO

El fracaso desde la lucha social

.....
José María Berro

Militante de CGT

Nuestra forma de trabajo en lo social es semejante a la de aquel hombre que tenía un chalecito en el monte a 1 km de una carretera secundaria y, como su mujer estaba en cinta, decidió iniciar un carretil para poder acceder en su vehículo cuando naciera el niño. Al cabo de 5 meses de trabajar duro todos los fines de semana desbrozando y nivelando el monte había construido 150 m. de carretil que arrancaban de su chalecito; bien es verdad que la carretera secundaria a la que intentaba acceder había desaparecido construyéndose en su lugar otra principal que distaba 10 km de su casa, pero eso a él no parecía preocuparle y se sentía muy satisfecho de sus 150 m. de carretil, diciéndose: «esto avanza». A los dos años, nacido ya el niño del que poco podía disfrutar pues estaba empeñado en tan ardua tarea, los metros de carretil eran 300, la carretera había sido sustituida por una autovía distante de su casa 25 km, pero él seguía satisfecho de su labor. A los 5 años los metros de carretil eran ya 800, la autopista más próxima distaba 100 km y ni tan siquiera era seguro que estuviera en la dirección en que proseguía su carretil, a la vez que la maleza y el monte empezaban a comerse los metros iniciales, pero a él, como hombre firme, nada de eso le preocupaba y proseguía su trabajo con la misma ilusión inicial; con suerte el niño pronto podría ayudarle en esa tarea de construcción de un carretil en ruinas del que no se sabía si llevaba a parte alguna.

Así es nuestro planteamiento social. ¿Esperanza?, no, ilusión; ¿constancia?, no, empecinamiento; ¿proyecto de vida realizador?, no, vida dedicada al absurdo; ¿éxito?, no, fracaso.

Resulta sorprendente que a una mayoría le sorprenda una conciencia del fracaso surgida del actuar social. ¿No nos alejamos cada día más del objetivo de justicia y libertad que decimos perseguir? Si en cualquier otro negocio personal las cosas nos fueran tan alejadas a los objetivos propuestos seguro que lo considerábamos un fracaso, pero parece que esto del trabajo social no es negocio nuestro, no somos nosotros los que sufrimos las consecuencias de las crecientes desigualdades en el plano de las necesidades físicas y, lo que es más grave, tampoco estamos en condiciones de valorar los menoscabos en otros terrenos.



José María Berro (centro)

No sólo estamos más lejos de los objetivos, no sólo hemos retrocedido y hemos fracasado en el terreno práctico o de la realidad. Ese fracaso pudiera ser coyuntural y momentáneo y, por tanto, recuperable. Pero no lo es, conlleva unos retrocesos mucho más graves y profundos, de modo que hoy ni tan siquiera es posible pensar en un mundo en libertad y justicia y todo lo que les acompaña: autogestión, democracia directa, participación, ausencia de poder, no concentración de riqueza,...

Entonces, ¿por qué no admitir el fracaso?, ¿por qué el militante social tiene que ser optimista e ilusionado y transmitir esa ilusión y optimismo?, ¿por qué nos empeñamos en ser empecinadamente ilusos cuando eso, aunque pueda darnos una satisfacción personal subjetiva y falsa, no nos ayuda en nuestra tarea de enfrentarnos a la realidad? Es algo que me resulta inexplicable.

La realidad

Avalón, la patria de la reina Morgana, se perdió en las sombras. Muchos mundos se vienen perdiendo y diariamente se nos pierde alguno. La realidad de los mundos que pasan a las sombras es la realidad de las sombras que invaden el mundo real.

Las vivencias de mis hijos son muy diferentes a las mías: juegos, celebraciones, necesidades, posibilidades... todo. Fundamentalmente se distinguen en que yo viví un mundo particular, hecho por mis padres y mis vecinos, mientras que el de ellos es universal y hecho por otros. En cada una de esas realidades no cabe lo mismo.

Dicen que Dios nos dejó la creación para continuarla, y la hemos continuado tanto que de la obra original poco queda. La irrupción de las ciencias y de las técnicas, hasta los campos más íntimos de lo humano, convierten al mundo en algo hecho y objetivado, en algo caído dentro de la necesidad objetiva, sujeto a leyes donde la libertad humana tiene pocas posibilidades de desarrollarse. A la vez introducen numerosísimas mediaciones que, a la vez que median, mediatizan cada vez de forma más considerable la actuación humana.

La realidad actual está empobrecida, cosificada, entrada en el reino de la necesidad. Es cierto que responde a una lógica que nosotros mismos generamos, pero es a la vez una lógica que no podemos dejar de generar, con lo que se convierte en inexorable.

Nuestra sociedad necesita día a día mayor concentración, de capital a nivel económico y de poder a nivel político, y es lo que inexorablemente se produce, cada día más inexorablemente, más independientemente de cualquier voluntad. La contrapartida a ese aumento de la concentración es el crecimiento, de forma tan inexora-

ble, de las desigualdades, las injusticias, el sometimiento y el sufrimiento. La contrapartida a ese funcionamiento inexorable es la muerte o desaparición de lo humano, de la persona, de la voluntad, de la libertad.

El crecimiento del poder y la aniquilación de lo humano van parejos, llevan una marcha exponencialmente creciente y no pueden no llevarla.

Fracaso primero: el no ser en la actuación social

La realidad puede admitir lo que puede admitir.

El rey Arturo es un héroe mítico, D. Quijote es un esmerpento.

Hace 40 años (yo los veía) un franciscano mendicante era un símbolo; hoy haría mejor enganchándose a la litrona. La madre Teresa de Calcuta conseguía las limosnas, supongo, a través de internet y de las multinacionales, y en ello le era de gran ayuda Lady Di.

La vieja militancia sindical hacía cosas, actuaciones y formas de vida, que hoy resultarían necias.

Hace 30 años (es real) llevaba 15 días en un trabajo sin haber hablado todavía de política o de sindicalismo y un compañero me preguntó: ¿pertenece a alguna organización obrera? Algo debía emanar de mí que él era capaz de captar. Hoy, pías algo sobre sindicalismo y en el mejor de los casos te consideran raro, y en el peor aspirante a vivir del cuento.

Los mundos idos no están. Socialmente sólo se puede actuar sobre lo existente. La realidad marca nuestra forma de ser, por lo menos nuestra forma de ser agentes sociales. Pueden existir otras realidades e incluso algunas de ellas pueden ser respetables. Normalmente no lo son, y no hay que respetarlas, aunque adopten un aparente aire de dignidad y de verdad.

Sólo podemos proyectar socialmente aquello que la realidad puede recoger. Todo lo demás se convierte en esmerpéntico. Y lo que no proyectamos no somos.

Las actuaciones sociales de un cristiano, de un anarquista, de un budista, de un ateo, en cuanto que lo son, son similares. Por eso también hay cristianos y ateos y gentes de todas las creencias en todos los espectros del abanico político y social. Existen las sectas diferenciadas, ciertamente, pero sólo en la medida que renuncian a actuar sobre la realidad.

Lo trascendente, lo ideológico, no pueden ser recogidos por la realidad, carecen de influencia sobre ella y, consecuentemente, sobre nosotros mismos.

Con ocasión de la reciente venida del Papa, un comentarista habitual de un periódico de derechas y católico especulaba sobre si beneficiaría al PP o al PSOE en su campaña electoral, según hablara de la reciente guerra

EL FRACASO

en Irak o no lo hiciera, y remataba su artículo diciendo: «aunque ya todos sabemos que, en pleno siglo XXI, las ideas religiosas no tienen ninguna influencia sobre la actuación de los individuos»... Y es terriblemente cierto, creencias y actuación se sitúan en planos distintos, el creyente con sentido común los diferencia bien, el que no lo tiene los mezcla mal. Piénsese además que sólo se refería a la influencia sobre los resultados de unas elecciones municipales, esto es, a una influencia sobre algo absolutamente interno y que para nada cambia la realidad.

¿Qué es lo que está pasando?

- Los conocimientos, los datos sólo generan opinión, sin capacidad de convertirse en convencimiento, sin movernos a nosotros mismos. La realidad la percibimos como algo ajeno, como obviamente necesaria y a la vez como irreal.
- Esa realidad la vivimos desculpabilizadamente; como no se puede hacer nada, a nada estamos obligados. Se puede vivir cómodamente rodeado de una realidad que debiera presentársenos insoportable.
- En ese reino de multiplicidad desconectada que es la realidad, se nos mueve desde fuera sin que las pequeñas fuerzas (creencias de cualquier tipo) que existen en nosotros mismos tengan peso; al contrario, se convierten en elemento justificatorio y de bienestar más que del malestar necesario a cualquier actuación.
- Así pues, decimos ser cristianos, izquierdistas, anarquistas o lo que sea, y ese ser que es ropaje, nos aleja de la realidad, de la nada que somos.

Fracaso segundo: el no llegar

El problema al que nos enfrentamos al abordar lo social, ha dejado de ser un problema social, o sólo social. Hoy es la manifestación de un problema distinto, que hunde sus raíces en zonas más profundas que las meras relaciones sociales, y que afecta a planos más generales.

Se ve claramente al enfrentarse a una determinada problemática, sea sindical o ecológica o educativa, que no puede ser abordado como problema aislado, pero tampoco como suma de esos problemas sociales. Hay algo que lo rebasa, de distinta naturaleza, situado en otro plano.

Las reivindicaciones y actuaciones sociales ni alcanzan a dar respuesta a los problemas a los que se enfrentan, ni mucho menos crean el sustrato en el que los modelos que supuestamente preconizarían puedan desarrollarse.

En alguna medida, hoy, lo social ha dejado de ser puente entre dos realidades o dos mundos diferenciados, ya que la realidad es única (además de cosificada y necesaria), y la actuación social y el individuo actuante están atrapados y

absorbidos en ella. No hay dos realidades distintas entre las que mediar y las únicas mediaciones o cambios que proponemos están dentro, sin cambiar la realidad existente.

Operamos con métodos sociales, con métodos muy dentro de lo sociológico, cuando el problema es de otra naturaleza; apelamos a la racionalidad, cuando hace ya mucho tiempo que la racionalidad está dentro de, o cuando, por lo menos, carece de la fuerza suficiente para salir.

Hoy el problema es más antropológico y metafísico que social y racional, y su abordaje requiere nuevos planteamientos y nuevos métodos (No podría explicar, ni desarrollar, ni defender muy bien esto ante quien no lo vea así).

El movimiento obrero, la lucha de los pobres, pasó del cuestionamiento del sistema (socialismo utópico) al cuestionamiento del sujeto de su gestión (marxismo y anarquismo), y de ahí a la defensa de unas posiciones favorables dentro del modelo (socialdemocracia y autonomía obrera). Hoy, ni tan siquiera es capaz de defender eso, incluso su defensa se reduce a una defensa de privilegios; es decir, no es capaz de defender nada porque no es capaz de defender todo.

Fracaso tercero: la maldición de la comprensión generalista

La actuación social te da, al menos por rachas y momentos, una especie de lucidez: captas el mundo y te captas a ti mismo, adquieres a chispazos una especie de intuición en la que ves la realidad en toda su profundidad y tal cual es, no como conocimiento sino como visión, como vivencia. Pero en esa lucidez, se paga un precio demoledor.

Comprender la realidad general conlleva la infravaloración en grado cero de lo concreto. Luego trataré de persuadirlos y de persuadirme que hay que seguir agarrándose a lo concreto; pero ya te agarras estando de vuelta, ya muerto.

La comprensión de lo general te sitúa, seguramente, en un plano superior, pero a costa de dejar en ese trayecto buena parte de ti mismo. Tampoco es ni aporta, un elemento salvador, no da salidas, es una especie de inmersión en la oscuridad y el abismo, en la que a lo sumo se atrapa una luz oscura.

¿Qué importancia podrían tener la muerte de tu padre, de tu madre, de tu hijo, la tuya propia, en un mundo en el que mueren diariamente cientos de miles de víctimas injustas? La única forma de diferenciarlas sería que esas muertes fueran distintas, pero no son distintas, lo único que puede ser distinto es nuestra forma de verlas, de vivirlas; esto es ver y vivir las unas y saber, no ver ni vivir, las otras, pero para eso hay que renunciar a conocer la realidad.

La colocación de los sentimientos y de las sensibilidades en el lugar y el plano que les corresponde significa, sencillamente, su eliminación. El amor es imposible. El único Dios que cabe es un dios teórico, nunca padre, nunca próximo; un dios lejano y, como tú, maldito, alguien sobre quien ha caído esa maldición del conocimiento.

Algunas claves

Sin embargo, no es posible renunciar a la lucidez, es necesario negarse a alimentar ninguna falsa esperanza y no dejarse embaucar por ilusiones y autoengaños. Esa lucidez, que no es luz sino oscuridad, que anuncia que la esperanza ha muerto, que el día ha muerto, que nosotros mismos somos sombras, y que lo único existente es el poder en su acepción más pétrea y despersonalizada; esa lucidez es necesaria y debe de estar presidiendo nuestro planteamiento social y cada una de sus actuaciones, matando todas las ilusiones que nos convierten en ilusos, manteniéndonos en un estado de permanente descontento, obligándonos a un ejercicio constante de búsqueda, intentando que esa actuación no quede en la esterilidad, que alcance eficacia, que no se quede ni en el estar dentro ni en el quedar fuera.

Esa comprensión de toda la envergadura del oscurecimiento de nuestra situación es la que puede alumbrar el cuestionamiento y replanteamiento de todas nuestras actuaciones y planteamientos.

Podríamos pegar un repaso a la movilización contra la guerra de Irak, la más aparente que hemos conseguido en los últimos años (bien es verdad que también esa guerra ha sido la actuación más diáfana y más agresiva del poder), pero que, precisamente por su envergadura, deja más a las claras las insuficiencias, los límites, la incapacidad y la mentira de nuestras actuales movilizaciones:

- La incapacidad para ser efectivas, para servir a los fines que persiguen.
- Su reducción a expresión de una opinión que no es capaz de plantearse como convencimiento ni como decisión.
- Su equiparación a fenómeno sociológico e incluso exclusivamente mediático, en el que tuvieron más influencia la actuación de determinados artistas que la de grupos seriamente antimilitaristas.
- Su incapacidad para trasladarse a otros campos y formas de actuación (sindical, consumo) en los que se hubiera podido hacer pagar un precio real al poder.
- La lejanía e inaccesibilidad del poder que permanece inmune, su nueva configuración y su relación con la sociedad.

Y desde ahí tenemos que preguntarnos qué, cómo y con quién vamos a hacer la próxima vez, y estar preparándonos desde ya. Y es algo terriblemente difícil, pero el no intentarlo nos condena a una especie de satisfacción/justificación rutinaria más útil para mantener nuestra imagen que para hacer frente a la situación. El M.O. dejó de discutir el qué, para discutir el quién y posteriormente el cuánto, pero ese camino de retrocesos (seguramente lógico y conveniente en su momento), no da más de sí. Hoy no es posible discutir el grado y mucho menos el sujeto sin discutir el modelo. El modelo actual sólo lo puede gestionar quien lo ha creado: el poder en su versión económica y/o política, y sólo lo puede gestionar en la dirección de mayor concentración de sí mismo, de mayor desigualdad e injusticia. En el modelo actual eso es lo conveniente y lo deseable, y cualquier alternativa es peor. Si no cuestionamos el modelo, lo otro es ya incuestionable. Pero cuestionar el modelo parece difícil sólo desde lo social, reducido a sociológico y racional, hay que dar entrada a ese algo más, que, por definir de alguna forma decía que era antropológico y metafísico, requiere otros campos, otros métodos, otras formas, otros sujetos y otras definiciones. Y todo eso sin despegarse un milímetro de lo que hay, de lo real, de lo concreto. Nada vamos a cambiar de repente y tendremos que seguir apegados a lo que hay, pero de nada nos servirá hacerlo si no tenemos conciencia de sus incapacidades.

Y todo eso, el plantearnos nuestro quehacer a tumba abierta se ve favorecido por el desprendernos de los ropajes y papeles a los que nos sujetamos, por el sabernos en la intemperie y en el no ser, por mantener viva la conciencia de la incapacidad de nuestra actuación, por saber y vivir nuestro fracaso. Nos ha tocado, sea buena o mala suerte, enfrentarnos a la realidad o dejar que esta siga fluyendo mientras nosotros nos contamos cuentos; nos ha tocado el vivir el fracaso o el dejar que nos vivan las ilusiones. Cada tiempo y lugar ofrece unas posibilidades y niega otras, y a ese tiempo real hay que acogerse si realmente se quiere vivir. Para soñarse, para que te vivan, no hace falta llamar a la oscuridad luz ni al fracaso proyecto, es más directo enchufarse a la televisión.

Y a quien se empeñe en sentirse optimista e ilusionado, sabiéndose realizado y buena persona, rodeado de amigos con los que alcanza grados notables de simpatía y afinidad, y justo y bueno y redondo. A ese sólo se le puede desear que le siga yendo bien, que le siga yendo como hasta ahora. Es también lo que necesariamente desearemos él y a lo que tenderá, a que las cosas (los grupos en que se relaciona, el ambiente y la sociedad en la que vive) sigan yendo como hasta ahora.